

A. M. BADIA I MARGARIT

1

**LOS TRES FACTORES DE LA REFORMA LINGÜÍSTICA
DEL CATALÁN**

A. M. BADIA I MARGARIT

Destino, 24 de febrer de 1968

En alguna parte he dicho que el centenario de la Renaixença (1933), conmemorado ciertamente en unos momentos de plenitud y de euforia, fue un alto en el camino que nos permitió recapitular sobre la tarea realizada en la ordenación gramatical y estilística de la lengua catalana. Uno echaba de ver en seguida que se había trabajado mucho y bien, porque los resultados eran francamente alentadores. Pero, en realidad, no era necesario retrotraer tanto el punto de comparación; bastaba con recordar alguna publicación catalana de comienzos de siglo para darse cuenta del gran cambio que se había operado en la lengua, sólo en treinta años: el catalán de 1900 era un instrumento inadecuado para expresar todo lo que bullía dentro de una cultura renacida, con personalidades literarias de gran categoría, pero que luchaban con un idioma sin pulir. Descorazonaba, además, el que hubiesen fracasado cuantos intentos se habían hecho para fijar una ortografía y una gramática idóneas. Lejos de lo que caracteriza normalmente las lenguas (el tener distintas modalidades), el catalán se movía sólo entre el lenguaje hablado y el lenguaje literario, aquél incorrecto, éste amanerado, ambos anárquicos, castellanizantes, viciados. Faltaban las otras modalidades: la lengua de textos intrascendentes (noticia de periódico, anuncio comercial, carta familiar) que fuese sencilla y correcta, pero que no quisiese ser más que correcta. Faltaba un estilo científico, que pudiese expresar con las palabras justas todos los matices del pensamiento, sin cargazón, pero sin equívocos. Faltaban todos los vocablos especializados, y, cuando llegaba la ocasión, se tiraba arbitrariamente del castellano o del francés. Faltaba... mucho. Faltaba tanto, que Carles Riba no vaciló en calificar de «noble locura» el empeño de redimir la pobre lengua catalana de entonces de todos sus defectos.

Es natural que los catalanes de fines de siglo se sintiesen, con respecto a su lengua, pesimistas ante la magnitud de lo que había que hacer o resignados a la monstruosa dilogía de hablar catalán y no saber escribir sino en castellano,

o, simplemente, inconscientes de un problema que, con todo, les afectaba psicológicamente más de lo que ellos mismos pensaban. Sin embargo, entre todos ellos (pesimistas, resignados o inconscientes) ya estaba conviviendo quien había de realizar tamaña «noble locura». Pompeu Fabra había cumplido treinta años en 1898, y, aunque poquísima gente lo sabía, era autor de varios y muy valiosos trabajos gramaticales, que sólo en parte podían dar idea de su sólida preparación en lingüística.

En estimulante contraste con lo que acabamos de recordar, la lengua catalana era, en 1933, y ya unos cuantos años antes, como son todas las lenguas de cultura, «indefinidamente apta» para cualquier tipo de expresión. La «noble locura» ya no era una quimera. Era una realidad. Se lo debemos a Pompeu Fabra. A él, en combinación con otras dos circunstancias que, si no eran tan determinadas, resultaron indispensables, y han venido a redondear en su forma definitiva la empresa de Pompeu Fabra. Son los tres factores de nuestra reforma lingüística, como he dicho en el título. Veámoslo.

EL HOMBRE

Para que alguien lleve a cabo una empresa importante y difícil ha de poseer una preparación técnica superior a la corriente, pero, además, ha de poseer cualidades humanas adecuadas. En el caso de la «noble locura» de hacer del catalán una lengua moderna de cultura, ambos requisitos se necesitaban en alto grado. Pero Fabra reunía las condiciones indispensables.

Pompeu Fabra era un gran romanista. Hay que acabar de una vez con el tópico de sus adversarios de que carecía de preparación científica, afirmación que muchos repiten de buena fe. Por eso conviene tanto desmentirla. El tópico se basa en el hecho de que Fabra cursara la carrera de ingeniero químico, y en el número más bien reducido de sus publicaciones de investigación lingüística.

Fabra, en la segunda enseñanza, había demostrado tener una gran predisposición por las matemáticas. Esto informó siempre su mentalidad, y dejó huellas muy positivas en sus gramáticas y en su diccionario. Tenía al mismo tiempo una gran facilidad para aprender lenguas; se aplicó a su estudio, cosa que ensanchaba su preparación. Cuando se sintió atraído por el estudio científico del catalán, reaccionó desfavorablemente ante las pocas gramáticas que existían, todas muy deficientes, y, con muy buen instinto, buscó datos en las revistas

extranjeras de filología románica, que le depararon nombres de romanistas ilustres (Fiedrich Diez, Hugo Schuchardt, W. Meyer-Lübke, H. Suchler, etc.) cuyas obras se procuró. Así Fabra, sin andarse por las ramas, acudía a las fuentes, que estudió a fondo. Con ese instinto se salvó de uno de los peligros del autodidacta (tomar por buenos libros mediocres), y, con su voluntad, se salvó de otros (hacerse personalista o caviloso). En este repaso rápido de su formación científica, conviene todavía añadir el decenio que pasó en Bilbao (1902-1911), donde, como la cátedra de química le ocupaba muy poco tiempo, se dedicó, ya en edad madura pues, a estudiar a fondo lingüística románica, y, claro está, lingüística románica. Sin duda era, entre todos los lingüistas catalanes, el que más horas podía consagrar a mejorar su formación especializada. Con todo ello, no es raro que sus intervenciones en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana (1906) lo acreditaran como muy solvente, o que su *Gramàtica* de 1912 sea una obra capital. Sus trabajos de investigación (como los que dedicó a las 'e' tónicas del catalán, o las palabras átonas en barcelonés) son modélicos. Lo que ocurrió fue que Fabra se sacrificó como hombre de ciencia, para dedicarse a la «noble locura» de sacar el catalán de su postración porque le pareció más urgente, y aún diré, de paso, que no hubiera hecho esta labor como la hizo sin poseer una formación poco corriente en lingüística románica. Como prueba decisiva del Fabra científico citaré su profesorado: afortunadamente todavía es posible hablar con personas que pasaron por su cátedra, quienes pueden dar testimonio de la impresión que producía su enseñanza, de su eficacia, etc. Que quede claro que Fabra era un verdadero especialista en lingüística.

Pero una preparación técnica no bastaba para sus propósitos. Había que poner a contribución unas cualidades humanas. Estamos bastante acostumbrados a que la personalidad de los hombres importantes se manifieste con intemperancias, trato difícil, violencia verbal, orgullo desenfrenado. En el caso de Fabra era todo lo contrario. La primera palabra que todo el mundo pronuncia siempre cuando se habla de Pompeu Fabra es «calma». Calma, serenidad, contención, eran sus maneras, hasta el punto de que se hizo proverbial la «flema británica» de Fabra. Ya era así por temperamento, pero sin duda explotó esta manera de ser, aun exagerándola, como táctica que le resultaba muy eficaz. En efecto, así conseguía imponerse en las decisiones, porque, de otro modo, si se hacían violentas, quedaba como abstraído, ausente. Esto a base de otro rasgo muy suyo, que era no hablar de una cosa sin estar muy seguro de ella. Así, con

calma, pero con argumentos irrefutables, reducía al adversario, que no tenía más remedio que darle la razón. Su calma le permitía prevenir las situaciones, y así no era raro que hiciese intervenir a los otros, como un verdadero estratega, reservándose él, sin gastarse, para ulteriores ocasiones. Esto, que es de una lógica aplastante, es inconcebible en muchas personas, porque no pueden renunciar a que se vea todo su juego; ello daba, por contraste, una de las mejores armas a Pompeu Fabra. Como ha dicho hace poco Domènec Guansé, nuestro hombre prefería sistemáticamente no significarse demasiado, ya que era más partidario de la diplomacia que de la violencia.

Dentro del grupo de L'Avenç, Fabra fue siempre un elemento de freno. Y si alguna vez llegó a la polémica, normalmente se mostraba partidario de imponerse por la razón. Y así fue como consiguió que la ortografía radical que preconizaba L'Avenç fuese aceptada en publicaciones importantes de Barcelona. Además, como lo mejor es a veces enemigo de lo bueno, a base de transigir en algunos puntos no decisivos (supresión de h inicial, distinción entre la 'll' de vella y la de bella porque aquella se pronuncia 'y' en algunas comarcas, etc.) obtuvo las grafías más lógicas en puntos esenciales (como la sibilante ç, o los plurales en -es, o la -c final de palabra, o la famosa conjunción 'i' latina).

No voy a dar detalles de la obra de Pompeu Fabra (en la ortografía, en la gramática y en el vocabulario). Ya lo he hecho en otros sitios. Solamente diré que, con su prudencia y su sencillez, llevaba a cabo un plan de trascendencia enorme. En oposición a «los medievalistas», propugnaba partir del estado actual de la lengua (que al fin y al cabo era verbo de un pueblo vivo). Pero para ello era forzoso detectar lo genuino de un lenguaje que, durante siglos, había gravitado, por razones extralingüísticas, en la órbita de otra lengua distinta. Había que establecer un sistema de ortografía, unas leyes de morfología, la filiación de los vocablos. Había que hacérselo aceptar a los intelectuales, que se consideraban con derecho a opinar, y luego, al pueblo, a unas personas que estaban acostumbradas a hacerse individualmente su ortografía y su gramática. Todo ello teniendo en cuenta a cada momento las soluciones interrománicas, los eslabones del catalán medieval, la situación actual en todos los países de lengua catalana. Y todo, ya lo sabemos, con el afán de obtener aquella lengua «indefinidamente apta», una nueva lengua de cultura. Sí, además de mucha preparación técnica, se requería mucha calma y mucha tenacidad...

Por fortuna, para él y para nosotros, Pompeu Fabra representó un ciclo personal muy completo. Todos hemos comentado a menudo que en nuestro

país hay hombres que valen y tiene que marcharse, o que no hacen lo que podrían hacer, o que chocan con las instituciones o con el propio país, o que se nos mueren cuando tanto podíamos esperar de ellos. Todo ello es cierto. Todo ello, y el signo adverso de grandes momentos históricos nos ha llevado, en ocasiones, a subrayar el sentido trágico de nuestras efemérides (es lo que tanto le preocupaba, hace cuarenta años, al P. Miquel d'Esplugues, a propósito de 1714...).

Es una suerte, pues, para nuestro país, y para nuestra cultura, poder conmemorar el centenario de Pompeu Fabra como un verdadero estímulo: un hombre que rebasó los ochenta años, que fue consecuente hasta la cárcel y el exilio, que no tuvo que cambiar su línea de trabajo, que pudo casi dar cima a su obra. Un hombre, en fin, cuya obra afectaba a los más íntimo que tiene un pueblo: su expresión auténtica, su lengua.

LAS INSTITUCIONES

Un país sin instituciones es un país mutilado. Lo sabemos muy bien por las que nos faltan. El resultado, ciertamente desagradable, es que nuestro país, en este terreno, siempre está empezando. Pero ya no sabemos si este incesante comienzo de instituciones se debe a las circunstancias que nos lo hunden o a una falta de continuidad por nuestra parte. Puesto que, que nos las hunden, está claro: entonces no sabemos si nosotros seríamos capaces de perseverar, si lograríamos este estilo germánico de vida colectiva. Normalmente ligamos cada institución a un hombre, pero no dejamos de tener organismos que se acercan al centenario que, a pesar de dificultades a veces ingentes, perviven después de todo, y nos permiten sentir la ilusión de que seríamos capaces de organizarnos...

Pero hemos de volver a la obra de Fabra. Planteada como estaba, la reforma lingüística del catalán tenía una tal envergadura que no se podía aplicar de una manera digamos privada. Necesitábamos que fuese sancionada por una institución pública, no había otra manera de hacerla extensiva a toda la sociedad catalana de la época (en su ámbito territorial, en sus capas culturales, en su adhesión íntima). Como vamos a ver, si la obra había encontrado al hombre, también encontró el momento y la institución.

El clima de la Solidaritat Catalana había llevado a algunos hombres a importantes cargos de gobierno. Los catalanes iban a hacer su experiencia, como gobernantes, al frente de unas instituciones. Éstas eran estrechas, y limitaban

en gran manera sus posibilidades, pero un hombre —Enric Prat de la Riba— al frente de su equipo supo sacar un provecho superior con mucho a lo que se podía esperar de lo limitado de la administración que presidía. Pues bien, uno de los primeros actos de gobierno de Prat de la Riba, como presidente de la Diputación de Barcelona, fue la fundación, el mismo año 1907, del Institut d'Estudis Catalans, con la misión de operar como conviniese en el campo de la cultura catalana. Constituido, de momento, por los que luego fueron miembros de la Secció Històrico-Arqueològica, el Institut fue reorganizado en el año 1911 y quedó formado por tres secciones, una de las cuales era, y sigue siendo, la Secció Filològica. En este momento Prat de la Riba hizo venir a Barcelona a Pompeu Fabra, profesor de química de la Escuela de Ingenieros de Bilbao, quien, ya reincorporado a su ciudad, fue nombrado profesor de la cátedra de catalán, que sostenía la Diputación, director de las Oficines lexicogràfiques, del Institut y miembro de la nueva Secció Filològica de éste.

Al llegar a este punto he de dar cuenta de algo que en ocasiones me ha preocupado. Pompeu Fabra, que, como he dicho, aprovechó tanto el tiempo en Bilbao, vino a Barcelona cuando tenía 43 años de edad. Y uno se pregunta: si Prat de la Riba no le hubiese llamado, ¿hubiera seguido Fabra en Bilbao, al frente de su cátedra de química? ¿Se hubiera limitado a seguir publicando gramáticas y estudios de lingüística, modélicos en cuanto al método? ¿Se hubiera resignado, con su calma proverbial, a ser el reformador de la gramática sólo en potencia? Yo confieso que no lo sé. Únicamente llego, como siempre, a la conclusión de que las grandes empresas no son nunca obra de un hombre solo, y, en este caso, al homenajear la memoria de Pompeu Fabra, es forzoso que dirijamos, al mismo tiempo, un recuerdo agradecido a Enric Prat de la Riba, que tan bien supo asesorarse, conocer y elegir a los que fueron colaboradores de su aventura, por encima de las diferencias de partido. En la vida de los hombres y de los pueblos se dan encrucijadas como las que recordamos, en las cuales es difícil valorar con justeza las aportaciones que intervienen: Fabra era el que estaba mejor preparado para la gran empresa, pero quizá necesitaba el gesto de Prat para ponerla en práctica.

Las *Normes ortogràfiques* (1913) fueron publicadas anónimas (por más que nadie ignoraba el peso que había tenido Fabra en ellas), pero editadas por el Institut d'Estudis Catalans. La *Gramàtica catalana* (1918), ya con el nombre de Pompeu Fabra como autor, fue también publicación del Institut. La reforma lingüística del catalán quedaba, así, canalizada por la institución más adecuada,

porque era una «academia», con una jurisdicción cultural, pero amparada por otros organismos públicos. Gracias a la posición del Institut d'Estudis Catalans con respecto a la Mancomunidad, la fijación de la ortografía y de la gramática tuvo tanta personalidad jurídica como prestigio ante el pueblo.

EL PUEBLO

Los barceloneses que tan bien supo presentar Emili Vilanova, aquellos menestrales bonachones que aplaudían el teatro bilingüe y escribían sólo en castellano, hasta las cartas familiares más íntimas, estaban lejos de imaginar el movimiento que se avecinaba. No obstante, todo seguía una curva que se repite en la historia. Precedidos por una recuperación económica, unos hombres de letras (poetas, profesores, intelectuales) habían hecho acto de presencia, pero se movían naturalmente en círculos reducidos. Con todo, pronto algunos de ellos (como Verdaguer, Guimerà, etc.) llegaron a las entrañas del pueblo. Este hecho, ayudado por otros factores, produjo la inevitable politización del movimiento catalán. Y vino la «época del entusiasmo»: la cultura, el arte, etc., todo se interpretaba como servicio al país. Mosén Alcover escribe la *Lletra del convit* (1901), para hacer un diccionario, y se apuntan centenares de corresponsales de todo el dominio lingüístico. En este ambiente se celebró el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana (1906), y, por más que en él se puso de manifiesto la pugna entre Alcover y Fabra, la multitud no reparaba en ello. Con todos sus defectos, el congreso obtuvo una fervorosa adhesión del pueblo a los que hiciesen algo en materia de lengua catalana. En varias ocasiones he puesto en relación el plebiscito del congreso con el plebiscito de la adhesión popular a las *Normes ortogràfiques*, publicadas sólo siete años después.

Este pueblo, evidentemente politizado (el del entierro de Verdaguer, el de la manifestación de la Solidaritat Catalana, los tres mil congresistas de 1906) podía, antes, haberse sentido indiferente con respecto al problema de la lengua, por desconocimiento. Pero ahora cada vez era más compartido el deseo de que se fijase por lo menos la ortografía, lo más visible. Por eso, cuando se publicaron las *Normes* (1913), todo el mundo las aceptó, no ya sólo con disciplina, sino aun con satisfacción. La gente no podía entender el fundamento técnico de la nueva ortografía, pero si veía muy bien lo que tenía de ruptura con la tradición más inmediata por algunas soluciones muy radicales (la 'i' copulativa, la -c final,

entre otras). Pero todo fue aceptado con entusiasmo, con fervor. La prueba la tenemos en la inoperancia de los «antinormistas», entre los que había figuras venerables en el mundo de las letras, pero que, a pesar de promover campañas muy violentas, no consiguieron crear ningún clima de resistencia contra la ortografía renovada. Este pueblo ilusionado, con su reacción unánime, fue el tercer factor de la reforma lingüística, ya que no en vano tenía un papel muy importante en la empresa: el pueblo catalán, en definitiva, todos los pueblos de lengua catalana, eran los destinatarios e iban a ser los usuarios de la ortografía y de la gramática, como, más tarde, lo serían del diccionario. Sin la aceptación de la reforma por el pueblo, nos hubiéramos quedado con un contrato que una de las partes no ha firmado, es decir, nos hubiéramos quedado sin contrato.

Antes de terminar desearía distinguir tres suertes de personas, confundidas en el concepto general de «pueblo». En primer lugar, los colaboradores más inmediatos del maestro. Se dice de un general que ha ganado una batalla, pero en realidad, no la ha ganado nunca solo. Por eso pienso ahora en el grupo de los que secundaron a Pompeu Fabra, sus colaboradores fieles, que también quedan honrados con la misma conmemoración del maestro. Quisiera citar como una docena de estos hombres, sin pretensión de dar listas completas, ni mucho menos. Había los que se dedicaron a divulgar la doctrina gramatical de Fabra, escribiendo manuales, profesando cursos, corrigiendo originales, como Artur Martorell, Emili Vilanova, C. A. Jordana, E. Guanyavents, Josep Miracle, Eduard Artells, etc. Había los que colaboraron en el terreno del estudio superior de la lengua, en la fijación de la prosa, en la técnica pedagógica, como Josep Carner, Frederic Clascar, Carles Riba, Joan Coromines, R. Aramon i Serra, Alexandre Galí, etc. Todos ellos, y otros que podríamos añadir, participan de la conmemoración centenaria de Pompeu Fabra.

En segundo lugar, pienso en el grupo, o, más que un grupo, en la legión de cuantos habían pasado por el Tribunal Permanent de Català, y que eran profesores de catalán y correctores (de estilo, de pruebas). Ya no es posible mencionar sus nombres, ni siquiera podríamos confeccionar la lista de todos ellos. Todos ellos encajaron el gran golpe, después de 1939, y han realizado, durante años, una labor, silenciosa pero eficaz, que ha salvado, en el orden interno, la que parecía inevitable solución de continuidad. Ellos, con sacrificios a menudo heroicos, han guardado el fuego sagrado de la lengua correcta, y, al disiparse un poco los negros nubarrones del principio, han podido pasar, intacta, la antorcha a los nuevos relevos. Hoy da gusto ver tanta gente joven, entre los actuales pro-

fesores de catalán, que se toman el trabajo con verdadero espíritu de apostolado, ni más ni menos que los primeros discípulos del maestro.

Por fin, el «pueblo», en el sentido más propio del vocablo. Todos los catalanohablantes desde los que, antes de 1936, seguían el movimiento editorial y las revistas literarias, hasta los que sólo leían la prensa diaria o *En Patufet* o escuchaban la radio, y a quienes, si tenían que escribir o decir algo, no se les ocurría que pudiesen hacerlo de otro modo que en catalán, todos ellos tuvieron la misma actitud, en los comienzos de la reforma gramatical (1913-1918) y en su fructífera plenitud (1918-1932): la de adhesión incondicional.

Pero lo que más consuela es la actitud del pueblo, hoy. Hoy no nos bañamos en agua de rosas, pero el pueblo permanece fiel, agradecido, a la obra del maestro. El pueblo está siempre convencido de que defender la lengua y la cultura es compatible con cualquier posición política (según han puesto de manifiesto, por otra parte, altos discursos políticos y artículos periodísticos de los últimos meses). Es necesario que el pueblo de ahora (ya los hijos y los nietos de los que vivieron la efervescencia de las *Normes*, en 1913) siga en pie. No confiemos en que Pompeu Fabra ya nos lo arregló. La lengua es un bien colectivo, y, además, un organismo vivo, y ello quiere decir que requiere una atención constante.

Antes, hablando de las circunstancias favorables que se habían dado en la vida de Pompeu Fabra, he dicho que pudo casi dar cima a su obra. La ruptura violenta de 1939 advino a la gran empresa de Fabra muy adelantada, pero no totalmente terminada. Siempre he pensado que hay que saber sacar partido de ello. Para no adoptar una actitud «triumfalista», ya que siempre queda algo por hacer, y para sentirnos todos, en parte, responsables de que la depuración de la lengua siga adelante. Que además es cuando más lo necesita. Somos una gente acostumbrada a que todo nos los tenemos que ganar a pulso. Forzosamente hemos de vivir constantemente en tensión; también en el terreno de nuestro entrañable verbo catalán. Pero pensemos que así, en tensión constante, aun dentro de su calma táctica, vivió Pompeu Fabra toda la vida. Aquello que pudo parecer, un día, una «noble locura» es una empresa en marcha. Es la batalla entera de un pueblo, y, como en una batalla, cada uno tiene su papel. Un solo papel tiene que fallar: el de desertor.